

locutorios de la Visitación, haciéndoles aprender de memoria el Catecismo y dándoles después una limosnita. Lo mismo se hacía en Lyon, en Puy, en Clermont, en Montferrand, Turín y en todas partes en donde había Hijas de la Madre de Chantal (1).

Lo que las Hermanas torneras practicaban con los pobres, las Hermanas de coro lo hacían con los ricos. Educadas la mayor parte en el gran mundo y pertenecientes á familias nobles, ¿podían olvidar los peligros á que están expuestos aquellos á quienes ha colmado Dios de bienes de fortuna, y que con qué facilidad pierden de vista sus eternos destinos sin tener en cuenta el encanto seductor que sobre ellos ejercen las falsas adulaciones del mundo? Por esto había todos los domingos en los locutorios de la Visitación juntas y conversaciones piadosas para las señoras y las jóvenes. La Madre de Chantal misma había deseado y propuesto este ejercicio. Cuando Dios quiera que las Hermanas tengan un local á propósito—había dicho—procurarán los domingos y jueves atraer á las jóvenes y señoras de la ciudad al sitio preparado para esto, á fin de enseñarlas familiarmente los ejercicios de piedad (2). » En todas partes donde se recibieron y acogieron estas juntas resultó un bien inmenso. En Annecy las presidía la santa Madre de Chantal, é iban hasta de veinte leguas á la redonda para tener la dicha de ver á la Santa (3). En Troyes y Montferrand, los locutorios eran muy pequeños para la multitud de señoras y señoritas que querían oír á la Madre Favre. Las señoras decían que hasta entonces les habían mostrado tan austera la virtud y tan sembrado de espinas el camino que á ella conduce, que no se hu-

(1) Véanse las diferentes *Fundaciones manuscritas*. Véase también la *Vida de Ana Jacobina Coste*.

(2) *Respuestas de nuestra santa Madre*, pág. 439.

(3) *Fundación inédita de Annecy.—Memorias de la Madre de Chaugy*.

biesen atrevido á emprenderlo (1). En Riom conseguía no menores ventajas la Madre de Brechard. Las señoras á quienes aconsejaba hacer ejercicios salían tan mudadas que no se conocían á sí mismas. Con su gran talento y su palabra algo varonil, tenía aún más imperio sobre los hombres. Desde las rejas de su locutorio arengaba á los principales de la ciudad, convertía á los herejes, y hacía volver al cumplimiento de sus deberes á religiosos endurecidos (2). En Dijón, la Madre Margarita Michel, «aquella coja que andaba tan derecha», calmaba una sedición que los personajes más influyentes no habían podido aplacar, y que amenazaba la vida de los principales consejeros del Parlamento (3). En Grenoble y en Chambéry la Madre de Chatel, cuya conversación encantadora recordaba la de San Francisco de Sales, atraía un gentío inmenso de señoras y jóvenes, y sembraba de flores el camino de la piedad (4). Por último, en Tours, la Madre María Luisa de Mardeliere tenía el don de saber hablar á los pecadores, y el célebre reformador de la Trapa, Rancé, en el momento que se convirtió, fué á verla para pedirle consejo en la elección de confesor (5).

Los Reyes, las Reinas, los príncipes y princesas, iban en persona á las rejas de los monasterios de la Visitación. Las dos reinas, María de Médicis y Ana de Austria, iban sin cesar á ver á la Madre de Beaumont al arrabal de San Antonio, á recomendarle los negocios del reino; y muchas veces se las oyó asegurar que á las oraciones de esta santa religiosa debía el rey Luis XIII toda la fuerza de sus armas y todos sus triunfos (6).

(1) *Vidas de las primeras Madres*, tomo I, pág. 36.

(2) *Idem*, pág. 212.

(3) *Vidas de algunas Superiores*, pág. 157.

(4) *Vidas de las primeras Madres*, tomo I, pág. 341.

(5) *Vida de Rancé*, por el Sr. de Chateaubriand.

(6) *Vida de algunas Superiores*, pág. 91.

El duque Carlos de Lorena, que tenía entonces su corte en Besanzón, decía en alta voz que nadie le había dicho nunca más verdades que la Madre María Margarita Michel; y durante todo el tiempo que permaneció en esta ciudad, después de salir de Dijón, venía á verla regularmente cada ocho días (1). En Moulins, la señora de Montmorency atraía hacia sí cuanto la Europa tenía de más ilustre en la nobleza y hasta en el trono, contándose entre otras personas la Duquesa de Longueville, que pasó diez meses en el monasterio, la reina Cristina de Suecia, hija de Gustavo Adolfo, y el mismo Luis XIV, que fué con su madre Ana de Austria y toda su corte (2). Pero la que más atraía á los Reyes, príncipes y princesas, era una novicia joven de diecisiete años, que parecía haber recibido el don de consolar á los Reyes, así como la señorita de Martignat tenía el de sufrir por ellos. Esta joven novicia se llamaba en el claustro la Hermana Luisa Angélica; en el mundo y en la corte, en donde había brillado con más esplendor, se la nombraba la señorita de Lafayette. Para nadie era un misterio que el Rey la había amado, y que ella había amado al Rey. Durante dos años enteros, su pura, tierna y admirable amistad, había sido la esperanza de la corte y el espanto del Cardenal Richelieu; porque esta noble y piadosa joven, que tenía mucha elevación de espíritu y firmeza de carácter, junto con una rara pureza y el más noble desinterés en el corazón, amaba tanto á Luis XIII cuanto más desgraciado le conocía, y había concebido en su mente nada menos que la idea de hacer de él un verdadero Rey, y para esto reconciliarle con la Reina y romper el yugo del Cardenal. Con un hombre tan débil como Luis XIII y un ministro tan terrible y tan astuto como Richelieu, había emprendido

(1) *Vida de algunas Superiores*, pág. 162.

(2) *Vida de la señora de Montmorency*, págs. 249-275.

una tarea peligrosa; pero inclinada al retiro, aspirando á la vida religiosa, decidida á vivir en la corte mientras que pudiera ser útil en ella, pronta á dejarla sin pena y sin lágrimas, sintiendo en su hermosa alma no sé qué sacudida de alas deseosas de abrirse y llevarla al claustro, se creía con fuerzas bastantes para despreciar las caricias lo mismo que las amenazas del Cardenal. Durante dos años fué la confidente de los disgustos del Rey, y la tierna consoladora de las tristezas que aquel sufría, en medio de las grandezas de su reinado. Durante dos años se esforzó con nobleza en dirigir el corazón del Rey hacia la Reina su esposa, que era digna de él, y de quien le habían alejado astutas y calumniosas delaciones. Hubiera querido comunicarle algo de su rival y noble independencia de alma, para animarle á sacudir el yugo del Cardenal. El Rey se sonreía al oírla, y más animoso con las palabras de aquella jovencita, abría su afligido corazón, confiándola con mucho secreto, y después de prometerle no decir nada, las amarguras que le hacía sufrir á cada instante el yugo tiránico del Cardenal. Esto era lo único que la señorita de Lafayette alcanzaba, en cambio de un afecto que iba siempre en aumento, y que hubiera acabado por ser peligroso. Viendo esto, y persuadida de que permaneciendo más tiempo en la corte no conseguiría tampoco mejor resultado en su noble designio, tan hermosa como la señorita de La Valliere, pero más inocente, más pura, y sin haber faltado á sus deberes, se decidió á romper de una vez.

A la primera palabra que sobre esto habló, todo el mundo se empeñó en disuadirla. «¡Siendo tan joven, pues sólo tenía diecisiete años, iba á dejar el mundo y la corte, á separarse de un Rey que la amaba, á renunciar á tantas y tan bellas esperanzas, para tomar un velo y sepultarse viva entre cuatro paredes!» Luis XIII, sobre todo, quedó aterrado. Cuando fueron de parte de

la señorita de Lafayette á pedirle su permiso, suspiró, y sentándose sobre su cama, traspasado de dolor por la pérdida que iba á tener, «¡oh! sin duda, si Dios la llama, aunque la amo mucho, no pondré obstáculo á su vocación.» Y viendo que le instaban para que la dejase marchar pronto, dijo llorando: «Pero ¿qué prisa tiene? Que lo dilate por algunos meses; iré al ejército, y esta separación me será menos sensible, pero ahora con sólo pensarlo me parece que agonizo.»

«En efecto—dice el P. Caussin, confesor del Rey, que es quien nos cuenta todas estas cosas,—vi en su espíritu agonías tan violentas y en su cuerpo un rostro tan abatido, que me hizo llorar.» Pero bien pronto triunfó la virtud, porque, débil por carácter, el Rey era verdaderamente virtuoso, y como el P. Caussin le sugiriese la idea de mandar se detuviese algo: «No, no—respondió,—porque si la impido hacerlo ahora y después pierdo su vocación, tendré toda mi vida un amargo remordimiento. Nunca me ha costado tanto, de todo cuanto he hecho, como lo que hago en este instante, pero es preciso obedecer á Dios. Id á decirle que le doy licencia, y que puede irse cuando guste.»

La señorita de Lafayette esperaba con ansia esta licencia. En cuanto le fué concedida, arregló en muy pocas horas y con la rapidez del relámpago los preparativos de su marcha. Entró en el cuarto de la Reina cuando ésta se levantaba, y le dijo que después de haber tenido el honor de ser su camarista, iba á ser hija de Santa María; que no podía escoger otra ama mejor sin perder mucho, y la suplicó la concediese su permiso. Aún estaba hablando, cuando llegó el Rey vertiendo lágrimas. La Reina lloraba también. Sólo la señorita de Lafayette estaba tranquila, retratándose en su rostro la paz y fortaleza de un alma que hace un gran sacrificio por Dios.

De este modo abandonó el mundo y la corte la seño-

rita de Lafayette. El Rey Luis XIII, luego que la vió salir de la habitación de la Reina, traspasado de dolor, y no pudiendo sufrir la vista de los lugares testigos de la despedida, mandó enganchar su carroza y se marchó sin comer á Versailles. Al ruido del coche, la señorita de Lafayette, que estaba en su cuarto, corrió á la ventana para ver al Rey detrás de los vidrios; y cuando le vió entrar en el carruaje y marcharse, se volvió conmovida hacia la condesa de Fleix. «¡Ay—dijo—ya no le veré más!» Por su parte Luis XIII, al llegar á Versailles, fué acometido de una profunda melancolía. En vano trataban de divertirle los más hábiles cortesanos; gustaba de sentir su mal, y deseaba cuanto podía aliviarle.

Mientras tanto, todo Paris corría en tropel al monasterio de la calle de San Antonio, para ver á la señorita de Lafayette. Ninguna vocación religiosa había hecho tanto ruido. La Reina fué al otro día de su entrada, y por espacio de muchos días hubo bastante que hacer con recibir á las Princesas, que deseaban ver á la joven pretendiente. Luis XIII deseaba ir más que nadie, pero titubeaba; y en sus paseos daba vueltas sin cesar á los alrededores. En fin, un día se decidió, y fué á Santa María sin decir una palabra á nadie de su comitiva. «¡Dios de las amistades castas!—exclama el P. Causin—¡cuán dulce fué este día para uno y para otra, y qué preciosos fueron sus instantes! La Madre L'Huillier llevó á la reja á la joven pretendiente; después se separó un poco, diciendo al Rey con generosa libertad que la confiaba á su discreción. El Rey la respondió que no tuviese cuidado ninguno, que no iba para disuadir á la señorita Lafayette de su piadoso designio. Los que habían entrado con el Rey en el locutorio permanecieron allí, pero algo separados. Nadie oyó lo que hablaron en voz baja el Rey y la señorita de Lafayette, solamente notaron algunas sonrisas mezcladas con lágrimas. La

conversación duró tres horas, estando el Rey siempre de pie. Cuando se separaron, se advertía en el rostro de ambos esa dulce expresión de paz y de alegría contenida, que nace del sacrificio, y es la recompensa de la virtud.

Después fué el Rey á verla con frecuencia; no tenía mayor placer que el de hablar con ella, y estas conversaciones le fortificaban y le hacían mejor cada día. Por su parte la Hermana Luisa Angélica le hablaba detrás de las rejas, con mayor fortaleza aún, de la necesidad de tolerar animosamente sus disgustos y tristezas, y reconciliarse con la Reina, á quien debía amar—le decía— como á su legítima y querida esposa. Por fin, consiguió disipar las nubes que habían obscurecido la mente del Rey, y nadie duda que el nacimiento de Luis XIV se debió á sus incesantes ruegos.

Preparada con una juventud semejante, la Hermana Luisa Angélica pareció que había nacido para consolar las miserias reales. Mientras que algunas religiosas de nacimiento y clase más humilde encontraban fácilmente el camino del corazón de los pequeños y los pobres, y al paso que otras fortificaban y convertían á los grandes, á los ricos y á las señoras del mundo, ella tuvo una gracia especial para instruir y consolar á los Reyes y vió á muchos en la reja de su convento. Después de Luis XIII, á Luis XVI, aún muy joven; después de Carlos II, rey de Inglaterra, á Jacobo II, su desgraciado sucesor; junto á la Reina Ana de Austria, á María Teresa; luego á la joven Enriqueta de Inglaterra, Duquesa de Orleans, á quien preparó para su primera Comunión; á la Princesa Benita, hija del Príncipe Palatino, que fué después Duquesa de Brunswik, y á quien educó desde su más tierna infancia; á la señorita de Aumale, que fué después Reina de Portugal y á quien instituyó para su primera Comunión; á la Princesa Luisa, hija del rey de Bohemia y nieta del Rey de Inglate-

rra Jacobo I, que á poco de haberse convertido al catolicismo vino á recogerse y fortificarse en la fe á su lado, y para no entrar en más detalles, á una multitud de personas de la clase más elevada y de la sangre más noble que en el gran siglo XVII, en que la fe se hacía tanto lugar en el mundo, tenían á grande honor el poder ir á renovar sus almas y sus conciencias con el trato de las vírgenes consagradas á Dios (1).

Sería necesario escribir volúmenes enteros para contar todos los hechos que demuestran la bienhechora y santa influencia que Dios concedió entonces á la Visitación. El bien que había principiado á hacer con las conferencias que se tenían en los locutorios continuaba, al menos para las señoras y las jóvenes, en el interior de los conventos, donde las entradas eran frecuentes á pesar de la austeridad de la clausura. No había en aquel tiempo ninguna señora de la grandeza que, á título de bienhechora, no gozase para ella y sus hijas el privilegio de entrar una vez al año en algún monasterio de la Visitación (2). Tenía su celda en él, adonde podía ir de cuando en cuando á recoger y tranquilizar su alma, conmovida por el torbellino del mundo. Otras, á quienes su fortuna no permitía alcanzar los privilegios de bienhechoras, conseguían el entrar para hacer ejerci-

(1) Para todos estos hechos véanse los *Anales manuscritos de la Visitación de Chaillot*. Leyéndolos se queda uno deslumbrado. En aquellos claustros tan recogidos y fervorosos no se ven más que Reinas, Princesas, hijas y nietas de Reyes. Todos los hechos, que no hacemos más que indicar, están detallados allí. Dichos *Anales* deben juntarse con las dos *Vidas manuscritas de la Madre L'Huillier y la Madre de Lafayette*. Todos estos manuscritos se guardan en el primer monasterio de París. En ellos es donde está la carta del P. Caussin, de la cual hemos sacado todo lo que trata de la señorita de Lafayette. La ha publicado recientemente el P. Carlos Daniel, de la Compañía de Jesús, con este título: *Una vocación y una desgracia en la corte de Luis XIII*.—París, 1861; un vol. en 18.º

(2) *Costumbrero de la Visitación*, art. 3.º—*Respuestas de Santa Juana Francisca*, pág. 468.

cios, confesiones generales y tomar resoluciones importantes lejos del ruido y en profundo silencio (1). Otras, en mayor número, heridas por las desgracias, que son á un tiempo el dolor y el mérito de la vida, iban á buscar los consuelos que el mundo impotente no puede dar. Madres que habían visto morir á sus hijos, viudas heridas en sus más caros afectos, huérfanas privadas de sus padres, se retiraban á estas casas silenciosas como á un asilo, en donde podían llorar más á gusto y en donde se las consolaba llorando con ellas.

Esto es lo que llevó allí á la Reina de Inglaterra, la desgraciada viuda de Carlos I. En vano le ofrecieron habitaciones en el Louvre; quiso mejor el humilde claustro de la Visitación para llorar y sufrir. Allí pasó doce años con las dos Madres L'Huillier y Lafayette, á quienes llamaba sus queridas amigas. ¿Quién no conoce aquel pasaje de admirable elocuencia en que Bossuet, en su oración fúnebre de la Reina de Inglaterra, pronunciada en la Visitación de Chaillot, se detiene de repente, y dirigiéndose á las dos Madres L'Huillier y Lafayette, les dice: «Santas Hijas, sus queridas amigas, pues así gustaba de llamaros; vosotras que tan á menudo la habéis visto gemir delante de los altares de su único protector, y en cuyo pecho ha vertido los consuelos que allí recibía, poned fin á este discurso, contándonos los cristianos sentimientos de que habéis sido testigos fieles; decidnos cuántas veces en este mismo lugar dió reverentes gracias á Dios de los beneficios que le había concedido: uno, el haberla hecho cristiana; el otro, señores... ¿cuál creéis será...? ¿Acaso el haber arreglado los negocios del Rey su hijo? ¡No: le daba gracias, porque la había hecho Reina desgraciada...! ¡Ah! yo empiezo á conocer cuán estrechos son los límites del lugar en que hablo; es menester gritar, traspasar

(1) *Respuesta de Santa Juana Francisca*, pág. 118.

estas paredes, y hacer resonar muy lejos una palabra que nunca será bastante oída, á saber: que sus dolores la hicieron sabia en la ciencia del Evangelio, y que nunca conoció mejor la virtud de la Cruz que cuando se unió la religión á sus desgracias... Penetrada de tan humildes sentimientos, amó esta pobre casa más que sus palacios; y desdeñando los tronos que pueden ser usurpados, entregó todo su afecto al reino donde no se temen iguales, y se mira sin envidia á los concurrentes (1).»

Apenas había concluido Bossuet de pintar tan grandes dolores, tan admirablemente consolados en la paz de la Visitación, cuando otra reina de Inglaterra, otra viuda no menos desdichada, la viuda de Jacobo II, venía á refugiarse en el mismo asilo, y á consolarse en él de la pérdida de un trono y de una corona rota para siempre (2). A este mismo monasterio de Chaillot era donde la reina Ana de Austria se retiraba de cuando en cuando, para descansar del bullicio y cuidados de la regencia (3). La joven reina María Teresa no tardó en ir también á la Visitación á llorar lejos de las miradas de la corte la frialdad y ¡ay! las infidelidades de Luis XIV (4). Allí fué también á refugiarse la Duquesa de Nemours, Isabel de Vendome, á consecuencia del duelo horrible en el cual su propio hermano, el Duque de Beaufort, mató á su marido Carlos Amadeo de Saboya, duque de Nemours (5). Fué á ocultarse allí deshecha en lágrimas y casi desesperada, llevando con ella á sus dos hijas, que permanecieron allí muchos años, y no salieron sino para ser, la una Duquesa de Saboya y la otra

(1) *Las primeras Madres de la Visitación*. La señora de Martignat, tomo II, pág. 219.

(2) *Fundación manuscrita de la Visitación de Chaillot*.

(3) *La señora de Hautefort*, por el Sr. de Causin.

(4) *Vida de la señora de Montmorency*, París, 1684; un vol. en 8.º

(5) *Oración fúnebre de la Reina de Inglaterra*. p. II.

Reina de Portugal (1). Y la noble y hermosa señora de Hautefort, que tanto amó á la reina Ana de Austria cuando era esposa abandonada de Luis XIII, que por ella había desafiado la cólera de Richelieu, y que fué vencida al fin por Mazarino y echada por él del cuarto de la Reina, ¿adónde se retira en su desgracia? «Os aseguro, Señora—dijo á la reina Ana de Austria al separarse de ella,—que si hubiera servido á Dios con tanto afecto y pasión como lo he hecho á V. M., sería ahora una gran santa.» Y saliendo de la corte vino á consolarse á la Visitación, como á un asilo colocado sobre todas las desgracias y favores de los Reyes (2). Espéremos aún un poco, y veremos á la ilustre Duquesa de Montmorency, á quien el hacha implacable de Richelieu dejó viuda á los veintiséis años, retirarse también á la Visitación, en donde enjuga primeramente sus lágrimas, y después, disgustada de un mundo cuyas dulzuras había conocido y cuyas amarguras había también experimentado, echarse á ojos cerrados en los brazos de Dios, y encontrar el desasimiento de todas las cosas y el heroísmo de la virtud á los pies del mismo Crucifijo que no tomó al pronto sino para consolarse (3). Hay millares de ejemplos semejantes. En estas santas casas que el mundo conoce tan poco, se encierran sin cesar almas afligidas ó corazones arrepentidos, que se consuelan ó se purifican, y que de aquí llevan al mundo una vida renovada por el amor de Dios. Así renace la fe en el seno de las familias. Así las esposas y las madres vuelven con fervor á sus tareas. Así resiste el cristianismo á todas las tempestades, y da virtudes á la tierra y santos al cielo.

Y no era sólo entre las gentes del mundo, donde las Hijas de la Madre de Chantal derramaban la piedad y

(1) *Fundación inédita de la Visitación de Chaillot.*

(2) *Idem, id.*

(3) *Idem, id.*

el amor á Dios, sino también en los monasterios que aparecieron en gran número en aquel bello renacimiento de la fe, en el siglo XVII, y sobre todo en el seno de aquellas antiguas abadías, que, decaídas de su primer fervor, sentían también ellas mismas la necesidad de renacer. La célebre abadía de Santa Catalina, de la Orden del Cister, que San Francisco de Sales había tratado en vano de reformar, se reformó después de su muerte, y debió á la Visitación su vuelta al fervor, de lo cual se había desconfiado (1). En Borgoña, la abadía de Nuestra Señora de Tart, la primera Hija del Cister que había caído en una gran relajación, salió de ella por los desvelos de la Madre Favre, que estuvo allí con dos ó tres Hermanas de la Visitación (2). En Troyes hicieron ir Hijas de la Madre de Chantal, para reformar á religiosas que habían decaído enteramente. El resultado sobrepujó mucho á las esperanzas (3). Lo mismo sucedió en Arlés, en Blois, en Cusset, en Auvernia, en Orleans y en París (4). Se hubiera dicho que con sólo aparecer las Hijas de San Francisco de Sales, había bastante para vencer todas las flojeadades y hacer florecer las reglas. En 1644, cuando el venerable P. Eudes, fundador de los Misioneros de Jesús y de María abrió una casa de arrepentidas en esta ciudad de Caen, ¿á quién se dirigió para formar las religiosas destinadas á esta obra? A las Hijas de San Francisco de Sales y de la santa Madre de Chantal. Cinco de éstas fueron á Caen, compusieron las reglas, que fueron casi las mismas de la Visitación formaron allí buenas religiosas, y no volvieron á su

(1) *Vida de la Madre de Ballon.*

(2) *Las primeras Madres de la Visitación*, tomo I, pág. 40.—*Anales de la Visitación de Dijón*, pág. 20.

(3) *Las primeras Madres*, tomo I, pág. 57.

(4) Véanse las *Fundaciones inéditas* de estas diferentes ciudades; la *Vida inédita de las viudas de la Visitación*, pág. 106, y las *Vidas de las primeras Superiores*, pág. 68.